

Discurso para la entrega de la distinción de Personalidad Destacada al Dr. Alberto Taquini (h)

José María La Greca

Señoras y señores legisladores, autoridades, colegas, amigos:

Es un honor para mí y para la Academia Nacional de Educación que represento, participar de este acto para rendir homenaje a una personalidad cuya trayectoria constituye una de las contribuciones más significativas al desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura argentina de las últimas décadas.

La distinción de Personalidad Destacada que hoy otorga la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires al doctor Alberto Taquini (h) reconoce una vida excepcionalmente fecunda, dedicada al servicio del país a través de la universidad, la investigación científica, la educación y el fortalecimiento de instituciones.

Pero este reconocimiento trasciende a la persona. Es también un homenaje a una concepción de la Argentina basada en el conocimiento, la innovación, la formación de recursos humanos y la confianza en la capacidad transformadora de la educación.

La trayectoria del doctor Alberto Taquini se inscribe en una de las tradiciones más fecundas de la vida intelectual argentina. Hijo del doctor Alberto Carlos Taquini, uno de los grandes protagonistas de la organización de la ciencia moderna en nuestro país, heredó y enriqueció una visión que entiende a la investigación científica y a la educación como pilares fundamentales del desarrollo nacional. Forma parte de aquella generación de científicos y educadores que prolongó el legado de figuras como Bernardo Houssay, Luis Federico Leloir y Eduardo Braun Menéndez, cuyos aportes contribuyeron a situar a la Argentina en un lugar de relevancia internacional.

Desde muy joven se incorporó al Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Bernardo Houssay, donde inició una carrera científica que lo llevaría a ocupar posiciones de liderazgo en la investigación biomédica argentina.

Su trayectoria académica en la Universidad de Buenos Aires es igualmente destacada. Recorrió por concurso todas las etapas de la carrera docente hasta alcanzar la condición de Profesor Titular Regular con dedicación exclusiva. Fue Decano de la Facultad de Farmacia y Bioquímica y contribuyó decisivamente a la formación de numerosas generaciones de profesionales e investigadores.

Como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -CONICET-, desarrolló una intensa labor científica, integrando esa extraordinaria tradición argentina que vinculó estrechamente la producción de conocimiento con la construcción de instituciones duraderas. Fue asimismo Presidente de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, Jefe de Gabinete de la Secretaría de Estado de Ciencia y Técnica de la Nación y presidente en dos oportunidades de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, institución histórica en la consolidación del sistema científico nacional.

Sin embargo, si existe una contribución que ha marcado de manera indeleble la historia de la educación superior argentina, esa es el denominado Plan Taquini.

A fines de la década de 1960, cuando la universidad argentina enfrentaba los problemas derivados de la concentración geográfica, el crecimiento explosivo de la matrícula y la necesidad de vincular más estrechamente la educación superior con el desarrollo nacional, Alberto Taquini formuló una propuesta innovadora destinada a descentralizar el sistema universitario mediante la creación de nuevas universidades nacionales en distintas regiones del país. Entre los años 1971 y 1973 se crearon 14 Universidades Nacionales. Entre otras, la Universidad Nacional de Río Cuarto en Córdoba -fue la primera-, la Universidad Nacional de Lomas de Zamora -primera en el conurbano bonaerense-, la Universidad Nacional de Luján, entre otras. De 224.000 alumnos en 1970 se pasó a 431.000 en el año 1975.

Aquella iniciativa fue mucho más que un proyecto educativo. Constituyó una auténtica estrategia de desarrollo territorial. El Plan Taquini permitió ampliar el acceso a la educación superior, fortalecer las capacidades científicas del interior argentino y promover nuevas oportunidades de crecimiento económico y social. El impacto de aquella visión sigue siendo visible hoy en numerosas

universidades nacionales que se han convertido en motores del desarrollo regional y de la producción de conocimiento.

Su pensamiento reformador no se detuvo allí. Décadas después impulsó el modelo de los Colegios Universitarios, concebidos como espacios de articulación entre la educación media, la formación técnica y la educación superior, figura jurídica que fue plasmada en el artículo 22 de la Ley de Educación Superior No. 24.521. Una vez más, su objetivo fue ampliar oportunidades, flexibilizar trayectorias educativas y responder a las transformaciones de una sociedad cada vez más dinámica y compleja.

La preocupación por la innovación educativa encontró además una expresión concreta en su prolongada labor como Director General del Belgrano Day School. Desde esa responsabilidad promovió y promueve actualmente una educación orientada a preparar a los jóvenes para un mundo globalizado, tecnológicamente avanzado y en permanente transformación, manteniendo siempre una sólida formación humanística. Allí puso en práctica muchas de las ideas que inspiraron toda su trayectoria intelectual: la importancia del aprendizaje continuo, la integración de saberes, la articulación con estudios en el exterior y la preparación de ciudadanos capaces de afrontar los desafíos del siglo XXI que bien podríamos llamar ciudadanos del mundo.

Existe además una dimensión particularmente significativa para quienes integramos la Academia Nacional de Educación.

Desde los orígenes de nuestra institución en 1984, el doctor Alberto Taquini ha sido una de las figuras más relevantes. Sus aportes al pensamiento educativo argentino, su permanente disposición al debate académico y su capacidad para anticipar los grandes desafíos de la educación contemporánea han enriquecido durante años la labor de nuestra Academia.

Por ello, la Academia Nacional de Educación decidió recientemente conferirle la máxima distinción que puede otorgar a uno de sus miembros: la designación como Presidente de Honor. Se trata de un reconocimiento reservado para quienes, por la magnitud de su obra y por la ejemplaridad de su trayectoria, ocupan un lugar eminente en la historia institucional. Al hacerlo, la Academia

reconoció no sólo una carrera excepcional, sino también a uno de sus referentes intelectuales más influyentes y respetados.

Junto a sus aportes científicos y educativos, Alberto Taquini desarrolló una notable labor en el ámbito de la pastoral universitaria.

Fue uno de los impulsores de los espacios de encuentro entre universidad, cultura y fe, participando activamente en los procesos que condujeron a la organización nacional de la Pastoral Universitaria Argentina. Diversos testimonios históricos señalan que en 1993, en una reunión celebrada en su propia casa para homenajear a Mons. Estanislao Karlic por haber sido uno de los principales redactores del Catecismo de la Iglesia Católica, surgió una iniciativa que daría origen a importantes acciones de articulación entre la Iglesia y el mundo universitario argentino. En esa reunión estuvieron presentes el Dr. Juan Carlos Agulla, el Dr. José Luis de Imaz, Prof. Dr. Alberto Taquini (padre), el Dr. Enrique Urgoiti, el Prof. Alfredo van Gelderen y el Ing. Marcelo Zapiola. Cuenta Mons. Eduardo Tausig que allí surgió la idea de convocar a profesores notables de la universidad argentina para el lanzamiento de la pastoral universitaria de la Iglesia Católica. Se originó así la Comisión Episcopal de Pastoral Universitaria. Desde ese momento y hasta la actualidad el Dr. Taquini colaboró activamente en la organización de encuentros nacionales e internacionales de docentes universitarios, promoviendo el diálogo entre fe y razón, ciencia y humanismo, universidad y sociedad.

Su compromiso en este ámbito refleja una convicción profunda: la universidad no sólo debe formar profesionales competentes y científicos de excelencia, sino también personas capaces de reflexionar sobre el sentido de su tarea y sobre su responsabilidad en la construcción del bien común.

Y quizás uno de los rasgos más admirables de su trayectoria sea que nunca dejó de pensar el futuro.

Cuando muchos podrían conformarse con contemplar los logros alcanzados, Alberto Taquini continúa proponiendo nuevas ideas para interpretar los cambios de nuestro tiempo. En los últimos años ha desarrollado una reflexión innovadora sobre la crisis de los modelos educativos tradicionales y sobre las oportunidades

abiertas por las tecnologías digitales, la inteligencia artificial y los procesos de aprendizaje personalizados.

Sus conceptos de “Game Over” y “Over Take” constituyen una invitación a repensar profundamente la educación en el siglo XXI. Lejos de toda nostalgia, sus propuestas expresan la misma actitud intelectual que ha guiado toda su vida: observar la realidad con mirada científica, con luces largas, comprender las transformaciones emergentes y diseñar instituciones capaces de responder a ellas.

Finalmente, estoy convencido que la historia de las naciones se construye gracias a mujeres y hombres que son capaces de imaginar horizontes nuevos y de dedicar su vida a hacerlos posibles.

Alberto Taquini pertenece a esa categoría excepcional de argentinos que no sólo interpretaron los desafíos de su tiempo, sino que contribuyeron decisivamente a transformarlos en oportunidades.

Su legado vive en las universidades que ayudó a crear, en los investigadores que formó, en los estudiantes que accedieron a la educación superior gracias a sus iniciativas, en las instituciones científicas que fortaleció, en los espacios de diálogo que promovió y en las ideas que continúa ofreciendo para el futuro de nuestro país.

Por ello, quienes integramos la Academia Nacional de Educación sentimos un legítimo orgullo al ver reconocido por esta Legislatura a quien es nuestro Presidente de Honor, maestro de generaciones, constructor de instituciones y referente indiscutido de la educación argentina.

La distinción que hoy recibe honra a un hombre. Pero también honra los valores que él representa: la excelencia académica, la vocación de servicio, la creatividad institucional, el compromiso con el conocimiento y la confianza en la educación como instrumento fundamental para construir una Argentina mejor, más justa, más humana y más fraterna.

Muchas gracias.